

## CAPÍTULO III. EL SÍMBOLO Y SU RELACIÓN CON LA MUERTE

### 3.1 Respuesta simbólica del hombre ante la muerte

El hombre, de manera natural, se ha relacionado con su entorno para poder sobrevivir. Pero más allá de una relación simple y utilitaria, los seres humanos se relacionan con su entorno por medio de expresiones simbólicas, con las que manifiestan sus emociones, dudas y temores. Decimos y nos manifestamos simbólicamente cuando algo no puede ser expresado de otra manera, o cuando algo, como la muerte, nos rebasa y nos oprime.

Trías afirma que el hombre, desde que puede ser reconocido como tal, ha buscado siempre plasmar de manera simbólica su relación con el mundo. El hombre ha sido siempre:

...un habitante del mundo que no se limita a mantener intercambios fabriles con el entorno (...), añade a ello una capacidad sorprendente por plasmar, a través de complejos simbólicos, su peculiar modo de interpretar ese entorno, y de comprenderse a través de ellos a sí mismo<sup>1</sup>.

Haciendo un recorrido histórico del hombre en relación a la expresión simbólica, que es característica exclusiva del ser humano, Trías encuentra que desde hace miles de años el hombre ha usado esta forma de expresión, siendo, según él, el hombre de Cromagnon, el primero en convertir una gruta en santuario, y en utilizar expresiones simbólicas dentro de ella. Utilizando un accidente de la naturaleza, una hendidura en una montaña en forma de gruta o caverna, el hombre de Cromagnon, hizo un recinto en el que tramó relación, conexión, o comunicación con lo sagrado respondiendo con creaciones propias, con signos y con emblemas, y documentando así su conexión con lo sagrado. También utilizó la expresión simbólica para dar respuesta a la muerte y a todo el misterio que de ella se desprende. Ya desde los primeros hombres, pero muy en particular desde el de Cromagnon, se descubre la fuerza y la impotencia que la muerte representa para el ser humano, y se busca responder a ella de manera simbólica, ya que no se encuentra otra manera de enfrentarla.

---

<sup>1</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p. 19

Siguiendo un recorrido por la historia, y todo ello para tratar de averiguar quiénes y cuándo utilizaron por primera vez las expresiones simbólicas, Trías descubre que es el *homo symbolicus* quien, en Pech-Merle, santuario de la protohistoria, estampa sobre el muro de la caverna su percepción sobre el mundo mezclando caballos, renos, bisontes y mamuts, con esotéricos signos de puntuación y componiendo de dicha manera, un incipiente alfabeto organizado.

Por vez primera advertimos la presencia de nuestra propia condición humana, la de un habitante del mundo que no se limita a relacionarse con su entorno en forma de intercambio fabril o tecnológico (a través del hacha de sílex, o de la piedra más o menos laminada y pulimentada) sino mediante la plasmación de formas simbólicas<sup>2</sup>.

Las formas simbólicas que el ser humano ha venido utilizando desde que el hombre es hombre, son empleadas, entre otras cosas, para manifestar y plasmar la impotencia que la muerte representa para nosotros. La muerte es el paradigma de todo límite. Límite de nuestra capacidad, virtud y poder. Es el límite mismo en el que nuestra fuerza y capacidad siempre se estrella, pero, según Trías, la muerte es también la provocación o "...el acicate de esa misma capacidad nuestra por comprender y conocer, o por expresar a través de formas, formas simbólicas, esa comprensión y reconocimiento de nuestra propia condición (mortal, finita)"<sup>3</sup>. Así pues, Trías ve en las formas simbólicas la manera que el hombre descubre para expresar su impotencia y manifestar el enigma que la muerte le representa. Al misterio que la muerte representa, el hombre intenta responder con un estallido de formas simbólicas. Las expresiones simbólicas ante la muerte, son una forma de réplica ante ella. Al manifestarse y responder ante la muerte, surge al tiempo una manifestación por el misterio de la vida. Dicho de otra manera: el misterio de la muerte, revela de alguna manera, el misterio de la vida, el misterio de nuestra propia existencia.

Desde el *homo symbolicus*, hasta el hombre moderno, ante el poder y la impotencia que la muerte representa para el ser humano, se contraponen nuestra capacidad simbólica, y es con ella, como respondemos a todo el misterio y el enigma que conlleva la muerte. "Al poder de la muerte sólo puede oponer el *homo*

---

<sup>2</sup> Idem, p. 40

<sup>3</sup> Idem, p. 36

*symbolicus*, a modo de contrapoder resistente, su inagotable capacidad simbólica y significante. En ello radica su poder, su magia”.<sup>4</sup>

Lo que se plantea o manifiesta dentro de las expresiones simbólicas, dice Trías, son siempre verdades indirectas y analógicas. Verdades entendidas como cosas que se consideran ciertas. Por ello, dichas verdades usan formas retóricas como la metáfora o la metonimia, ya que en ellas es en donde el simbolismo puede desplegarse. Según Trías, el hombre requiere la expresión simbólica, porque mediante ella, puede lograr una forma de victoria ante la muerte. O puede, más bien, creer que mediante la recreación de formas simbólicas va a lograr una posible victoria sobre su inequívoca experiencia diaria de caducidad, deterioro, enfermedad, exterminio y muerte.

Remontándose al origen del símbolo, Trías descubre que en un principio el símbolo era una forma de contraseña. Era una moneda partida en dos que quedaba dividida por determinadas circunstancias, y que al unirse ambas partes de nuevo, se reconocía en dicha unión al amigo, o a aquel con quien se había establecido una alianza.

Símbolo era, en su origen, una contraseña: una moneda o medalla partida que se entregaba como prenda de amistad o de alianza. El donante quedaba en posesión de una de las partes. El receptor disponía sólo de una mitad, que en el futuro podía aducir como prueba de alianza con sólo hacer encajar su parte con la que poseía el donante: En ese caso se arrojaban las dos partes a la vez, con el fin de ver si encajaban. De ahí la expresión *sým-bolom*, que significa aquello que se ha <lanzado conjuntamente><sup>5</sup>.

Así pues, el símbolo, *sým-bolom*, va a expresar una conjunción entre dos fragmentos, de alguna moneda o medalla, que inicialmente fueron separados. Una de las partes, la parte simbolizante, se halla a disposición del testigo, mientras que el otro fragmento no está a su disposición. El primero debe llegar a encajar con el segundo que será la parte simbolizada del símbolo. El símbolo es, como ya se había mencionado, la conjunción de las dos piezas fragmentadas que originalmente pertenecían a una unidad, como podría ser, una medalla, o una moneda, que servían para cerrar un pacto o para realizar una alianza entre dos personas o entre un grupo de personas determinado. Así como dichas partes de la

---

<sup>4</sup> Ibidem

<sup>5</sup> Eugenio Trías, *La edad del espíritu*, Barcelona, Debolsillo, 2006, p. 33

medalla o de la moneda podían encajar, existía también la posibilidad de desencaje o desavenencia de las partes. A ello se le llama lo dia-bólico (*diabolon*), que es lo opuesto o contrario a símbolo. Se pueden dar las dos formas contrarias; de encaje afortunado entre las dos partes, o de infortunada desavenencia. Todo símbolo es una correlación, que expresa o significa un nexo entre dos partes. Por un lado está la parte de la cual dispone el sujeto, que es el signo o seña de su propia identidad, y puede llamarse la parte simbolizante del símbolo. Mientras que a la parte con la que el sujeto no cuenta, pero que confía en encontrar, y que se halla fuera de su dominio o posesión, puede llamársele lo simbolizado del símbolo, que será el sentido del símbolo y lo que proporciona orientación. Según Trías los símbolos son muy importantes en la vida de los seres humanos, ya que a través de ellos formalizamos algunos aspectos de nuestro mundo de vida, aún cuando no seamos plenamente concientes de ello.

... a través de símbolos tenemos la posibilidad de formalizar y configurar aspectos de nuestro mundo de vida. Y ello a través de *figuras* (que pueden ser *iconos* o *signos lingüísticos*). Esas figuras que permiten hacer *habitable* el mundo las encontramos en todas las artes, incluso en aquellas en las que la impronta icónica o lingüística no es patente (como en la arquitectura y en la música).<sup>6</sup>

Los símbolos y las formas simbólicas nos acompañan, como seres humanos, a lo largo de toda nuestra existencia. Incluso al expresarnos de forma lingüística, al hablar, hacemos uso de ellos. Los símbolos, son, según Trías “criaturas obradas por los poetas”, quienes a través de sus escritos y sus personajes crean grandes símbolos. Como el superhombre de Nietzsche, o el Fausto de Goethe. Ya que, en opinión de Trías, toda palabra es siempre metáfora, en la medida en que transporta un anhelo o pulsión que en la expresión escrita o verbal alcanza su plasmación mediante formas simbólicas. Incluso algunos conceptos, son también, grandes símbolos.

Trías, siguiendo a Kant dice que existe un modo simbólico en el que no existe una correspondencia unívoca entre la representación y aquello a lo cual se está haciendo referencia. Y que en ese caso, la exposición simbólica estaría rebasando

---

<sup>6</sup> Eugenio Trías, *Ética y condición humana*, Barcelona, Península, 2ª edición, 2000, p. 14

el marco del representar, ya que sería un modo concreto de exponer o de decir, modo sensible que, sin embargo, desbordaría el ámbito del decir.

Según Trías, la modalidad simbólica puede tener un doble uso: el de la forma artística, dentro de la que pondría toda expresión lingüística y literaria, y el de la modalidad religiosa. Para esta última, para la modalidad religiosa, Trías recrea y repiensa el concepto de símbolo, entendiéndolo como la exposición y expresión en figuras y formas sensibles, de lo sagrado. Y entendiendo las distintas religiones como formas siempre fragmentarias, pero necesarias, de dar cauce expositivo y expresivo, mediante símbolos, a lo sagrado.

Trías piensa que lo más interesante de la condición humana tiene que ver con el hecho de contar con una inteligencia que nos permite manifestar de manera simbólica aquellas cosas que no podemos expresar de otra manera:

Lo más fascinante, lo más misterioso de esa condición que somos radica en el enigma de nuestra propia inteligencia. De una inteligencia sensible que es capaz de plasmarse en formas simbólicas, acudiendo a figuras arrancadas de la percepción natural, pero recubriéndolas de un halo de signos enigmáticos, o de jeroglifos, que confieren a esas formas familiares el carácter de lo sagrado<sup>7</sup>.

Es precisamente nuestra inteligencia lo que nos acredita y caracteriza como seres humanos, y es dicha inteligencia lo que nos distingue como seres fronterizos (ya que, según Trías, una de las características del fronterizo es su inteligencia) capaces de expresarnos simbólicamente, a través de múltiples manifestaciones artísticas, arquitectónicas, pictóricas... y racionalmente a través del lenguaje. Hablando del ser humano, Trías dice que lo que acredita a éste en su condición fronteriza es ese *lógos* que, primero, se revela de forma simbólica y luego en forma racional. Ese *lógos* puede determinarse entonces, como el horizonte de síntesis de razón y simbolismo que constituye la idea misma de espíritu. En el símbolo encontramos, por lo tanto, el nexo entre razón y emoción. El símbolo involucra ambas cosas, que son igualmente características del ser humano.

El símbolo es la manera en que el ser humano expresa lo que siente y piensa. Es a través del símbolo que el ser humano manifiesta muchas de sus emociones y por ello, una de las características del símbolo es que siempre suscita emociones. El símbolo transmite emociones y aquel que se encuentra en presencia de una

---

<sup>7</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p. 41

manifestación simbólica es tocado por dichas emociones, y generará, a su vez, emociones propias y particulares, ya que el símbolo tiene por característica poder suscitar siempre emociones, aún cuando se halla abierto al horizonte del sentido.

Toda expresión simbólica, pretende decir, manifestar, expresar algo. Pero hay múltiples formas de hacerlo y, hay también, muchas áreas o asuntos que quedan involucrados dentro la expresión simbólica del ser humano. Nos expresamos mediante símbolos cuando queremos decir algo sobre asuntos que no pueden ser dichos de otra manera. Pero también lo hacemos cuando tenemos manifestaciones artísticas. Metafísica, estética, e incluso ética, son todos asuntos que pueden ser abordados mediante expresiones simbólicas.

Ese *mundo de símbolos* alcanza su estatuto crítico y moderno como *mundo del arte* emancipado de la tutela mágico-mítica o religiosa. La experiencia de ese mundo es la *experiencia estética*, dentro de la cual el *sujeto que soy* formula una modalidad propia y peculiar de proposición, el juicio estética.<sup>8</sup>

Pero además de la experiencia estética, el fronterizo posee lenguaje, inteligencia y pasión; así como experimenta y padece afectos, enuncia y muestra, por medio del lenguaje inteligente, todo lo que vive dentro de la frontera que habita como mundo. Dicho lenguaje no se limita a ser capaz de enunciar o a proponer modelos con respecto a lo físico, sino que va mucho más allá de esto. El sujeto fronterizo, según Trías, es capaz de forjar símbolos e ideas mediante las cuales deja hablar al silencio ético-metafísico.

Gracias al lenguaje, aun cuando no se pueda hablar o decir con seguridad algo acerca de la muerte o de lo que hay, o no hay, más allá de ella, sí se puede, hipotéticamente, hablar de lo que acaso puebla o habita el sinmundo (entendido como lo opuesto a mundo que es aquello que nos rodea y con lo que nos relacionamos: naturaleza, animales, plantas, etc.), mediante ideas problemáticas o mediante exposiciones simbólicas y alegóricas. Así pues, con respecto al arcano, a la muerte, el símbolo es una gran ayuda para el ser humano, porque a través de él, podemos manifestar nuestras ideas, deseos, miedos, inquietudes. Podemos decir algo de lo que normalmente no podemos decir. Podemos expresarnos,

---

<sup>8</sup> Eugenio Trías, *Los límites del mundo*, Barcelona, Destino, 2ª edición, 2000, p. 122

podemos plantear nuestra posición, ante algo tan misterioso y enigmático como la muerte; podemos, incluso, encontrarle algún sentido:

...hacia ese último tramo de la aventura que admite como talismán de ayuda el símbolo. A la indigencia de los conceptos críticos de la razón fronteriza se sobrepone la posibilidad de ciertos modos simbólicos de exposición que arranquen sentido al arcano; el arcano de las grandes transiciones en las que lo sagrado afinca (el nacimiento, la muerte); y el arcano en general de los grandes enigmas de nuestra existencia: la existencia misma como tal, el límite que le azuza y reta, el lenguaje como misterio en sí mismo (Wittgenstein); y sobre todo el gran enigma de la esfinge, el relativo a nuestra propia condición, o a lo que somos.<sup>9</sup>

A través del símbolo, dice Trías, tanto el arte como la religión hallan, por caminos diferentes, modos de remisión de sus quehaceres y de sus operaciones respectivas hacia una trama de simbolismos que les conceden criterios, solvencia y legitimidad cultural y filosófica. La posibilidad que el ser humano tiene para expresarse de manera simbólica con respecto a cuestiones tan importantes como el nacimiento, la muerte, la propia existencia, el lenguaje, etc., tiene una función catártica que nos permite expresar nuestro llanto, nuestro dolor, nuestra intriga e impotencia ante muchísimos aspectos de nuestra vida que salen de nuestro control. Las manifestaciones simbólicas son la forma de dar a esas inequívocas emociones su más ajustada expresión. Nos permiten dar cauce expresivo al llanto y gemido que nos provocan y oprimen realidades tan fuertes para nosotros como nuestra propia condición finita y mortal.

Parece como si ante el enigma de la muerte se revelara, de pronto, como su contraplacado, el misterio mismo de la vida, o como si ante el reto y el envite que la muerte ocasiona se respondiera mediante una floración de formas simbólicas que todas ellas quieren dar asistencia y cobijo a la vida que se renueva, o a las formas de fecundidad que la recrean.<sup>10</sup>

Dado que la muerte forma parte del futuro de todo ser humano, y dado que mucho de lo que nos provoca dicha muerte solo puede ser expresado de manera simbólica, Trías afirma que el símbolo es el único modo de explorar el misterioso océano que constituye el futuro, aun cuando con esa gestión del símbolo que

---

<sup>9</sup> Eugenio Trías, *El hilo de la verdad*, Barcelona, Destino, 2004, p. 131

<sup>10</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p. 42

tensa la voluntad de poder hacia esa otra orilla del futuro, no queda agotada la tarea y la puesta a prueba de esa expresión que despliega lo que la vida es. El futuro, según Trías, requiere el recurso simbólico, ya que sin él, no logra abrirse.

Sin el recurso del símbolo el futuro no se abre. Si se pretende convertir el símbolo en presencia, o en presente se desnaturaliza en su condición <simbólica>. En todo símbolo se enlaza tensamente una parte disponible, la que llegamos a expresar, y otra parte indisponible.<sup>11</sup>

El futuro nunca puede alcanzarse (más adelante se explica con claridad el concepto de tiempo que maneja Trías, pero por el momento baste aclarar que cuando dice que el futuro no puede alcanzarse, se refiere a que dejaría de ser futuro y pasaría a ser presente. Por ello el futuro como tal, permanece siendo futuro); es siempre una posibilidad de percepción, expresión o acción. Por lo tanto, sólo cabe orientarse hacia él y dotar a esta forma del tiempo con expresiones simbólicas. El símbolo, y más específicamente, las expresiones simbólicas nos sirven a los seres humanos para poder expresarnos y para tratar de encontrar el sentido de aquellos misterios de nuestra existencia, como la muerte, de los que poco, o nada, puede decirse de otra manera. Las expresiones simbólicas nos asisten permitiendo expresar la opresión que todos sentimos hacia ese máximo poder que a todos nos iguala: la muerte. Desde el Paleolítico, hasta nuestros días, es a través de los símbolos que se escenifica el drama de la muerte y de la renovación perpetua de la naturaleza, expresadas en el mito y en el ritual. Es a través de las manifestaciones simbólicas, del mito, del ritual y de la plasmación icónica del arte, como el hombre, desde que es hombre, conjura la muerte, al conectar la mente con la más profunda conciencia del ciclo universal caos-cosmos. Es decir, que logramos hacer símbolos cuando nuestra mente, cuerpo y sentimientos se encuentran en un estado de reconciliación entre nosotros y el fluir natural del universo.

El símbolo va a ayudar al ser humano en su proceso de comprensión relativo a la pregunta sobre su propia condición. Pero no responderá de una manera directa a los postulados del racionalismo estricto, sino que alude a imágenes de sentido. El símbolo nos da un conocimiento iniciático sobre la vida y la muerte, pero no

---

<sup>11</sup>Eugenio Trías, "Instante y Eternidad", en *Cuestiones metafísicas*, Juliana González y Eugenio Trías, Eds, Madrid. Trotta, 2003, p. 307



desde la perspectiva de la razón, sino que engloba en su proceso comprensivo al mismo tiempo a la conciencia y a la inconciencia; a los sentimientos y a la razón; al cuerpo y a la intuición; al *mythos* y al *logos*, ya que alude al descubrimiento de sentido de nuestra propia existencia, que siempre estará rodeada de misterio.

Las expresiones simbólicas que todo ser humano ha utilizado desde que el hombre es hombre, nos permiten, si no hablar o decir algo específico desde el punto de vista de la razón en cuanto a lo que somos o a nuestra condición mortal, sí en cuanto a encontrar o dar sentido a esa existencia y a nuestra condición humana finita.

### **3.2 Relación de lo sagrado con lo simbólico**

Para Trías, el símbolo está íntimamente relacionado con lo sagrado, en tanto que es la manera que el ser humano ha encontrado para expresar y manifestarse con respecto a todo aquello que le es sagrado. Trías define el símbolo de la siguiente manera:

El símbolo es, para mí, la forma de manifestación de lo sagrado: su irrupción en el cerco del aparecer. El propio desdoblamiento del símbolo, su interna y necesaria distinción (entre su parte simbolizante y lo que en ella se simboliza) habla de esa aparición en el mundo de lo sagrado a través de la mediación simbólica<sup>12</sup>.

Al ser el símbolo la manifestación sensible y material de lo sagrado, revela una ambivalencia y duplicidad en sí mismo. Todo símbolo es ambiguo. Por ejemplo el fuego, que por un lado puede ser purísimo celeste; o fuego impuro de las entrañas volcánicas; o el agua, que de la misma manera en que puede ser agua superior y pura, también puede ser agua subterránea o pantanosa.

En cuanto a su relación con lo sagrado, Trías afirma seguir los pasos de la concepción romántica, cuando dice que: "...el símbolo es la presencia de lo

---

<sup>12</sup> Eugenio Trías, *Pensar la religión*, Buenos Aires, Altamira, 2001, p. 17

sagrado en el mundo: su manifestación; y el mito constituye su exégesis *narrativa*<sup>13</sup>. El símbolo es el *fenómeno* de lo sagrado, en tanto que es aquello que se revela de lo sagrado. Si entendemos toda la complejidad y ambivalencia que implica lo sagrado, podemos entender de igual manera que ello (lo sagrado) rebasa y trasciende toda posible conceptualización.

El carácter de lo sagrado se transfiere al fenómeno, en el que lo sagrado hace su acto de presencia en el símbolo o en el acontecimiento simbólico. Dicho de otra manera, el símbolo constituye el aparecer mismo de lo sagrado. Pero al aparecer, el símbolo remite a un sustrato que jamás puede agotarse en las formas en que se revela. Podría decirse que algo del símbolo resiste siempre a revelarse, y por lo tanto trasciende y desborda. Los conceptos con los cuales se trate de traer a presencia, a palabra, se hallan siempre desbordados y trascendidos, por lo que el símbolo exige iniciar una reflexión genuinamente trascendental.

El símbolo remite a *lo que trasciende*. No se detiene en el límite que establece el ámbito categorial. Rebasa y desborda ese límite. Hace siempre ademanes en relación a lo que se halla más allá de todo posible horizonte. En ese *más allá* se aloja lo que puede llamarse lo sagrado, que en la experiencia mística es intuido. Pero el símbolo, asimismo, hace que lo *místico* se manifieste<sup>14</sup>.

A partir del símbolo se establece un puente hermenéutico entre lo sagrado y el aparecer. Dicho puente es de doble dirección, ya que establece una circulación hermenéutica de mensajes que van de un lado a otro, indistintamente.

Trías considera que lo simbólico se aloja en el espacio limítrofe y fronterizo que está situado entre el cerco de lo sagrado y el cerco del aparecer: “Ese espacio limítrofe y fronterizo constituye el lugar mismo en el cual el símbolo puede al fin constituirse como tal símbolo, como genuino *sym-balein* (o encaje y coincidencia de sus dos partes, simbolizante y simbolizada)”<sup>15</sup>.

Como se explicó al principio del inciso del símbolo, en todo símbolo existe una parte disponible, que es la que llegamos a expresar, y otra parte indisponible:

En la conjunción *sim-bólica*, al <lanzarse a la vez>, en el límite, en el horizonte, la parte disponible (simbolizante) y la otra parte que se postula como referencia (y que se

---

<sup>13</sup> Ibidem

<sup>14</sup> Eugenio Trías, *La edad del espíritu*, Barcelona, Debolsillo, 2006, p.285

<sup>15</sup> Idem, p. 286

repliega en el cerco hermético) puede el símbolo mostrarse en su capacidad de sutura y conjunción<sup>16</sup>.

Ambas partes del símbolo dan expresión a ese límite del mundo al que Trías le asigna carácter ontológico, ya que es el ser mismo (como ser), el que nos da luz sobre nuestra propia condición humana.

Para Trías es importante agregar que la creencia mágica consiste en pretender un dominio sobre lo simbólico que lleva al hombre a tratar de contrarrestar el extremo poder que la muerte ejerce sobre todo ser humano. La magia es el arte de adquirir dominio sobre lo sacro ya que es la única manera que el hombre tiene para enfrentar la muerte: “Al poder de la muerte sólo puede oponer el *homo symbolicus*, a modo de contrapoder resistente, su inagotable capacidad simbólica y significante: En ello radica su poder, su magia”<sup>17</sup>.

La magia que utilizan los seres humanos, y que evidencia el poder que la inteligencia nos da a los hombres, pretende alcanzar un dominio, mediante símbolos, sobre el misterio y sobre lo sagrado, ya que ambas cosas son siempre cuestionadas y puestas en cuarentena por el hecho contundente y por el poder que la muerte ejerce sobre todo ser humano.

...la creencia mágica consiste en suponer que en virtud de ese dominio de lo simbólico es posible doblegar a ese máximo poder con que el ser humano se topa. Quizá el imaginario mágico se constituye cuando el hombre cree que a través de ese poderío alcanzado sobre su capacidad de expresión simbólica (...), puede lograr una posible victoria sobre su inequívoca experiencia diaria de caducidad, corrupción, deterioro, enfermedad, exterminio y muerte generalizada<sup>18</sup>.

Dice Trías, que la magia, a lo largo de la historia de la humanidad, siempre ha luchado por alcanzar, mediante símbolos, un poder sobre lo sagrado y sobre el misterio que la muerte, tanto cuestiona al ser humano. La muerte es el límite con el que siempre se topa la magia. La muerte es el límite mismo: “Pero la magia topó con el límite de la inmortalidad, o de la eterna juventud (cosa que la leyenda

---

<sup>16</sup> Eugenio Trías, “Instante y Eternidad”, en *Cuestiones metafísicas*, Juliana González y Eugenio Trías, Eds, Madrid. Trotta, 2003, p. 307

<sup>17</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 200, p. 46

<sup>18</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, plaza Janés, 200, p. 49

fáustica supo expresar de forma convincente). Y es que la muerte es siempre el límite en que la plasmación mágico-simbólica parece estrellarse”<sup>19</sup>.

Según Trías la magia está siempre presente en la alborada de toda expresión religiosa, de la misma manera que está presente en toda verdadera expresión artística o poética. Pero la diferencia entre la magia y la religión, es que la religión en lugar de pretender dominar lo sacro, se postra consternada ante el misterio y revela con sus ademanes de adoración, súplica o acción de gracias, su extrema indigencia e impotencia ante los poderes superiores y ante la muerte en particular.

Las formas de revelación religiosas, abren una posible exposición simbólica de todo el misterio y enigma que encierra la vida del ser humano y de la posibilidad de que haya, o no, vida más allá de ésta. Dicho de otra manera, las religiones hacen revelaciones simbólicas y ello significa que hacen referencia a las grandes ideas que a todo ser humano azusan o provocan a modo de enigma, sobre todo aquellas que implican nuestra esencia y existencia.

Trías afirma que desde las primeras religiones, las de la protohistoria, hasta las contemporáneas, todas han buscado respuestas simbólicas para enfrentar los misterios de la vida y de la muerte: “...a esa inquietud que el ciclo vida-muerte-vida, o al principio que la vida renovada provoca en el ser humano, se da forma y figura simbólica (indirecta y analógica)”<sup>20</sup>.

Para clarificar la expresión simbólica en relación con lo sagrado, Trías divide la historia en tres eónes, que a decir de él, instituyen diferentes épocas históricas. En cada eón se revela una categoría que imparte sobre las demás se hegemonía. El orden de sucesión de los eónes constituye el orden mismo en el cual, históricamente, se van sucediendo y manifestando las revelaciones simbólicas. En cada eón o en cada época prevalecerá un tipo de revelación simbólica que se implicará en la siguiente, de tal manera que en la última todas deben estar presentes para que se dé el acontecer simbólico; pero en cada eón una de las dimensiones actuará a modo de tónica. Sucede, pues, que en cada eón se van enriqueciendo las revelaciones simbólicas. A medida que la materia va adquiriendo formas cualitativas que la enriquecen y diversifican, vuelve a presentarse, pero sobredeterminada por otra forma de revelación simbólica. Ya no será, en sucesivas comparencias, esa materia indiferenciada del origen, matriz

---

<sup>19</sup> Idem, p. 50

<sup>20</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p. 53

y madre de todo, sino que emergerá desde la dominación de otras categorías. En cada eón irá completándose, ya que cada eón estipula una forma específica y peculiar de relato, o mito, a través del cual se exprese en forma argumentada su contenido propio.

La división que hace Trías de la historia en forma de eones, es de la siguiente manera.

- El primer eón, que es propio de la protohistoria: se constituye a través de la revelación simbólica de la matriz, y del principio de vida, siempre renovada, y como esperanza de salud.
- El segundo eón: es en el que se produce la revelación simbólica relativa a la ordenación cósmica. Aquí se espera de la religión (egipcia, mesopotámica) que ese cosmos eternamente se recree, para evitar el caos y el desorden.
- El tercer eón: en él se produce la revelación simbólica del encuentro, y la consiguiente cita, entre el testigo y lo sagrado.

Trías piensa que las religiones se plantean a través del acto simbólico, o del acontecer simbólico, entendiendo que símbolo significa la coincidencia o encaje de dos partes escindidas, para las que cabe tanto la posibilidad de encuentro, como la posibilidad de desencuentro. “En todo símbolo se enlaza tensamente una parte disponible, la que llegamos a expresar, y otra parte indisponible. En la conjunción *sim-bólica*, al <lanzarse a la vez> (...) puede el símbolo mostrarse en su capacidad de sutura y conjunción”<sup>21</sup> ; pero puede también haber un desencuentro cuando las partes lanzadas a la vez, no coinciden, o no embonan.

En las religiones, o para las religiones, el símbolo va a constituir una correlación en la cual se atestigua cierta alianza o pacto entre la presencia sagrada y el testigo, o entre el hombre y lo sagrado.; siendo el símbolo una revelación sensible y manifiesta de lo sagrado: “A través del símbolo habla y se expresa lo invisible, o se da forma y figura. El símbolo sublima y transfigura el mundo sensible, así como los afectos, sentimientos y pasiones del testigo en su carácter terrestre”<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Eugenio Trías, *El hilo de la verdad*, Barcelona, Destino, 2004, p. 214

<sup>22</sup> Eugenio Trías, *La edad del espíritu*, Barcelona, Debolsillo, 2006, p. 295.

En las manifestaciones religiosas “El símbolo es una unidad de concentración de sentido que requiere ser explicitado mediante narración y relato, a la vez que a través de la implantación ceremonial o ritual”.<sup>23</sup>

Según Trías, cada religión constituye una revelación simbólica, en donde los símbolos dan cauce explosivo y expresivo a las grandes ideas e interrogantes que se plantean en toda religión: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué sentido tiene nuestra vida?, etc. Las religiones aciertan a aventurar respuestas a estos interrogantes, pero sólo de manera simbólica, indirecta y analógica. El simbolismo que está presente en toda religión, y también, de otra manera, en el mundo del arte, es, siguiendo a Trías, un complemento necesario que exige la razón fronteriza.

Trías afirma que toda religión es siempre fragmentaria, ya que dentro de cada una podemos encontrar un fragmento de la Verdad que, según él, está hecha añicos. Verdad aquí está siendo entendida como eso que descubrimos de cierto en las cosas. En este sentido, Trías piensa que toda religión es verdadera y necesaria, pero ninguna de ellas puede considerarse “La Única” o “La Verdadera”. Cada una de ellas implica un fragmento, pero un fragmento necesario. Son fragmento porque solo son una parte; una parte necesaria e importante pero parte al fin. El todo solo se obtiene con el complemento de todos los fragmentos. Es como armar un rompecabezas en el que cada pieza o fragmento es necesaria, pero no suficiente para ver el todo. Sólo al unirlas y al permitir que se complementen alcanzamos a ver la imagen completa.

Esta manera de entender a las religiones no deja de ser muy interesante, al tiempo que es una manera controvertida de pensar, porque si bien es cierto que esa es la opinión de Trías, también es cierto que muy pocas personas religiosas compartirían esta manera de pensar sobre las religiones. La mayor parte de los practicantes de distintos credos, viven convencidos de que su religión es la Única y la Verdadera. Pretender decir lo contrario, nada más decirlo, implica un insulto para quienes creen que Dios y su muy particular revelación es para ellos y sólo para ellos. Es difícil encontrar personas religiosas que acepten que su religión es sólo un fragmento, sólo una más dentro de toda una gama de religiones, y que es tan válida y verdadera como cualquier otra. Pocos aceptarían que sus creencias

---

<sup>23</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p. 81

solo son un pequeño fragmento de verdad. Y prueba de ello, es que la mayor parte de los conflictos y de las guerras de finales del siglo pasado y de principios de éste, están relacionadas con el fenómeno religioso, con los fundamentalismos que han surgido a partir de las distintas religiones y con la pretensión de verdad absoluta que encierra cada religión particular.

Trías entiende que dentro de un horizonte espiritual se da una síntesis de símbolo y de razón, ya que el espíritu: "...es la razón revelada, finalmente reconciliada con el universo simbólico. Constituye, por tanto, un horizonte final de acontecimiento y experiencia en el cual la revelación racional se reencuentra con la revelación simbólica"<sup>24</sup>. Para Trías, el espíritu expresa una voluntad de trascender en relación al mundo racional, y considera que, precisamente es en esa aventura del espíritu que va más allá de los límites de la razón, en donde surge el mundo de los símbolos.

Trías piensa que dentro de dicho horizonte espiritual se da una síntesis entre lo simbólico y lo racional del hombre: "Esa síntesis *espiritual* sería, en este sentido, el horizonte final, escatológico, al que se hallaría orientada la modernidad una vez trascendido el bache, o la cesura, que hoy consignamos como coyuntura postmoderna".<sup>25</sup>

Así pues, podemos ver que Trías encuentra una amplísima relación entre lo sagrado y lo simbólico. Para él, lo uno no puede existir sin lo otro, se requieren, se complementan, tanto, que el símbolo es la manifestación misma de lo sagrado. Sin las expresiones simbólicas, lo sagrado no podría encontrar formas de manifestarse, y los seres humanos nos encontraríamos sin la posibilidad de expresarnos a cerca de todo aquello que nos provoca incertidumbre, desconcierto o franco miedo, como es el hecho de la muerte y muy concretamente, de nuestra muerte en particular.

---

<sup>24</sup> Eugenio Trías, *La edad del espíritu*, Barcelona, Debolsillo, 2006, p. 538

<sup>25</sup> Eugenio Trías, *Pensar la religión*, Buenos Aires, Altamira, 2001, p.22

### 3.3 El papel de la religión como respuesta a nuestra condición mortal

En opinión de Trías, Karl Marx es la persona que ha sabido definir con mayor acierto la naturaleza y esencia de lo que es la religión, cuando afirmó que toda verdadera religión expresa y manifiesta “el llanto y el gemido de la criatura oprimida”. “Pocas veces se ha dado una definición tan acertada y acendrada sobre lo que la religión viene a colmar en una condición, la nuestra, que tiene larga y ancha experiencia de opresión”<sup>26</sup>.

La religión es, para Marx, la expresión de la criatura oprimida; y todo ser humano se encuentra oprimido, según Trías, ante el poder que la muerte representa. La muerte nos oprime, y es la religión, desde sus orígenes, la que nos permite, mediante expresiones simbólicas, manifestarnos ante dicha opresión: “...la religión, ya en sus orígenes, no hace sino dar cauce simbólico a esos grandes misterios de la vida y de la muerte, o del ciclo de recreaciones que vida y muerte componen”<sup>27</sup>.

Los orígenes de la religión, dice Trías, se remontan al hombre de Cromagnon, a quien ya se había mencionado, por ser quien puso los cimientos de la religión en tanto que relación o conexión con lo sagrado, cuando dio una genuina respuesta humana y simbólica al reto o envite que su condición mortal provocaba, convirtiendo una caverna, un accidente de la naturaleza, en un santuario con representaciones simbólicas. El hombre de Cromagnon tramó, por primera vez, relación o conexión con lo sagrado al responder a la opresión de su condición mortal con creaciones propias, signos, emblemas, símbolos y cifras, con las que documentó por primera vez, un nexo religioso entre el hombre y lo sagrado. “Fue él el que por vez primera puso los cimientos de la religión (en tanto que relación o conexión con lo sagrado). Fue el primero en configurar lo que constituye la condición misma de posibilidad de que exista algo así como lo que solemos llamar, por convención, religión.”<sup>28</sup>

Trías entiende la religión como un fenómeno que constituye la natural orientación de los seres humanos hacia lo sagrado, y por ello afirma que el hombre de Cromagnon fue el primero en manifestar dicha orientación al

---

<sup>26</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p.20

<sup>27</sup> Idem, p. 46

<sup>28</sup> Idem, p. 37



transformar un accidente de la naturaleza en un recinto en el que plasmó, de manera simbólica, su opresión y su inquietud hacia su condición mortal.

Trías piensa que la religión es, en sustancia, la forma que sabe dar a las inequívocas emociones del ser humano, su más ajustada expresión, mediante manifestaciones simbólicas; que son a la vez, el cauce expresivo del “llanto y gemido” del hombre. Todo nuestro dolor, todo nuestro sufrimiento, así como nuestras dudas y temores, quedan siempre plasmados y manifestados mediante expresiones simbólicas. Es así como los seres humanos comunicamos nuestra impotencia, nuestro sentido de opresión y dolor, que es causado por la conciencia que tenemos de nuestra propia condición mortal.

La religión, a partir de este llanto y gemido del ser humano, busca dar una promesa de vida y salud que contrarreste el sentimiento de opresión que la muerte causa a todo ser humano; y el recurso del que se vale la religión para cumplir su promesa de vida, es un recurso simbólico:

...el recurso del cual dispone para cumplir tal promesa es de una naturaleza muy peculiar. A mi modo de ver ese recurso es simbólico. Y eso significa que la religión consigue proporcionar el don de la salud siempre de una manera <indirecta y analógica> (a través de un complejo entramado de figuras simbólicas, metáforas, metonimias, etc.)<sup>29</sup>.

Lo peculiar de la religión es, según Trías, que provoca y suscita en todo el que participa de ella, dentro del ceremonial religioso, un acto de confianza en la naturaleza existencial, y por lo tanto, real, de lo que constituye toda esa trama simbólica que el hecho religioso implica. Es decir, que quienes participan de un acto religioso, dan crédito a todo lo que allí acontece, dándole así, un carácter de realidad que se refleja en la propia existencia de aquellos que participan en dicho acto.

Ahora bien, aunque la religión busca dar una promesa de vida y salud a los seres humanos, es totalmente consciente, de que el poder mayor que implica la muerte, no puede ser vencido, ni postergado y por lo tanto, lo que la religión da al hombre en este sentido, es cobijo a su ánimo turbado.

---

<sup>29</sup> Idem, p. 63

La religión nace justamente de la conciencia despierta y lúcida de que ese Poder Mayor, que sobre todo la muerte testimonia, no permite ser doblegado por ninguna incidencia expresiva por parte del ser humano: no hay Símbolo capaz de enfrentarse a él, o de someterlo a su dominio<sup>30</sup>.

Lo que hace que la religión sea algo importante para la supervivencia de lo humano, es ese consuelo y cobijo que nos da. Nos sentimos oprimidos por el poder de la muerte. Sabemos que vamos a morir y no podemos hacer algo al respecto; pero tenemos la opción de la religión. Ella nos puede dar consuelo así como también puede proporcionar una promesa de vida. Y, en muchos casos, a ambas nos aferramos. Porque muchos seres humanos necesitamos consuelo para nuestro ánimo turbado, y necesitamos también una promesa de vida; saber que no todo se termina con nuestra muerte; saber que hay más vida después de esta vida; saber que al final del camino, aunque la muerte aparentemente nos derrote, podemos contar con una esperanza final que es la promesa de vida que nos ofrece la religión. Dicha promesa es algo que en muchos casos queremos y necesitamos.

Que la muerte es el poder supremo, al que nadie puede vencer, es algo que la religión tiene muy claro, y por ello, retoma el simbolismo y la capacidad de expresión del ser humano, para plasmar la impotencia que sentimos ante los poderes superiores y muy específicamente, ante la muerte. La religión, en este sentido, no pretende dominar lo sacro, sino que más bien se postra consternada ante el misterio, revelando su total indigencia e impotencia ante poderes tan grandes como el que la muerte representa.

Ante el poder supremo y opresor de la muerte, lo que pretende la religión es: "...lograr una victoria liminar sobre esos poderes inmundos, y en particular sobre el más temible de todos ellos, que es la muerte"<sup>31</sup>.

Trías se pregunta que qué es aquello que constituye la finalidad que se persigue a través del despliegue de un culto, y se contesta de la siguiente manera:

Creo no equivocarme si afirmo que lo que siempre se espera de la religión es salud; se aguarda de ella que ésta se perpetúe, o se recomponga y restablezca. O que se produzca el giro que permita mutar un estado de

---

<sup>30</sup> Idem, p. 51

<sup>31</sup> Idem, p. 52

quebrantamiento de la firmeza de nuestra existencia (*infirmetas*, enfermedad) en una salud recobrada. Y me refiero a una salud existencial (...). Se espera que, en razón de la institución religiosa, se produzca una mutación del infortunio en fortuna (...). Se espera, pues, de la religión un don que mute el aciago infortunio en una vida sana, saludable, afortunada<sup>32</sup>.

Así pues, nos acercamos a algún culto o tomamos una religión porque estamos esperando de ella salud y la posibilidad de vencer a la muerte con la promesa de vida que toda religión nos hace de una u otra manera. Sabiendo que somos mortales y que por tanto necesariamente vamos a morir, queremos que la religión, ya que no puede evitarnos el infortunio de la muerte, nos proporcione, al menos, la dicha de una buena muerte. De hecho, muchas religiones se limitan, cautamente, a prometernos o a darnos esa esperanza de una buena muerte después de un largo tiempo de sufrimientos, sean físicos o morales, o las dos cosas a la vez. En cualquier caso, la muerte es una realidad y lo que deseamos es vivirla de la mejor manera posible.

Trías dice que la religión es, para él, más que nada, una cita: “La religión debe definirse como la cita del hombre con lo sagrado. El acto propiamente religioso constituye esa cita entre una presencia sagrada que sale de su ocultación y el hombre que, en calidad de testigo, da testimonio de ella”<sup>33</sup>. Pero en dicha cita, pueden ocurrir dos cosas distintas: puede dar lugar a un encuentro propiamente simbólico entre ambas partes citadas; o bien, puede darse un desencuentro desafortunado.

Tanto en la posibilidad de encuentro como en la posibilidad de desencuentro, cada religión manifiesta de manera específica y propia, su revelación, que es siempre de naturaleza simbólica:

Todas y cada una de las religiones efectúan su propia y específica revelación. Cada una de ellas se convalida en la revelación de esa revelación propia y específica que les corresponde manifestar. Una manifestación que es, siempre, de naturaleza sim/bólica (o dia/bólica). Y que se da cauce narrativo a través del relato, o del mito; y que, así mismo, implanta ritualmente esa narración a través del ceremonial y del sacrificio<sup>34</sup>.

---

<sup>32</sup> Idem, p. 62

<sup>33</sup> Idem, p. 77

<sup>34</sup> Idem, p. 81

En toda revelación simbólica-religiosa, sobreviene siempre la crisis entendida como la posibilidad de desencuentro entre las partes citadas. En dicho desencuentro se produce una ruptura radical de la comunicación entre ambas partes. El *logos* o la razón estallan amenazando con sumir la vida del ser humano en un absoluto sinsentido y despropósito, surgiendo de ello la locura o la sinrazón. Cuando esto ocurre, cuando se destruye el enlace simbólico, entre la comunidad humana y la trascendencia, es cuando aparece o irrumpe la cesura dia/bólica.

Según Trías existen muchas actitudes que pueden darse ante el hecho religioso, pero resalta dos en particular: la primera es aquella en la que el fiel asume los principios que rigen su específica comunidad de creencias, concediendo crédito de modo exclusivo a los contenidos y a las formas propias de esa creencia o religión particular. Y la segunda es una actitud diferente, que implica acercarse a la religión, sobre todo, por las enseñanzas que la religión puede darle, sin que su aproximación signifique necesariamente ninguna profesión de fe o creencia en los principios de esa determinada religión. Esta segunda aproximación a la religión puede hacerse tanto desde el más radical agnosticismo como, también, desde una actitud religiosa, que aún siéndolo, no quiere asumir necesariamente una forma particular de religión. Para Trías es la segunda aproximación al hecho religioso la que tiene más importancia, ya que desde esta perspectiva es desde la que se pueden hallar las enseñanzas religiosas que pueden ser elaboradas sin desdoro por la reflexión filosófica.

En cada gran religión algo existencial se revela: algo relevante y necesario para el reconocimiento de los grandes misterios que circundan la vida humana, y que hacen de ésta un enigma difícil de descifrar. La religión da a veces con la cifra simbólica que, convenientemente elaborada por la reflexión filosófica, puede actuar como llave para penetrar, aunque sea de modo precario, en esos misterios<sup>35</sup>.

Trías dice que toda religión constituye una revelación simbólica al plantear los misterios relativos al principio de todas las cosas, sea Dios o el ciego Azar, ya que los símbolos dan cauce expositivo y expresivo a esas grandes ideas, pero siempre haciéndolo de manera indirecta y analógica.

---

<sup>35</sup> Idem, p. 120

Hace un momento, dentro de este mismo capítulo, se mencionó que nuestra inteligencia racional no puede dar respuesta a las grandes preguntas existenciales que tanto inquietan al ser humano, o no ha podido hasta el momento. Preguntas como: ¿De dónde venimos?, ¿A dónde vamos?, ¿Qué sentido tiene nuestra vida?, ¿Qué o quién garantiza ese sentido?, son todas preguntas que, hasta el momento, sólo han podido ser planteadas por el ser humano, pero no han podido ser respondidas por él de manera contundente. Por ello, la religión es la que acierta a aventurar respuestas, pero sólo de manera simbólica, ya que el simbolismo se halla presente y patente en la religión, constituyendo un complemento necesario que exige la razón, a la que Trías llama razón fronteriza.

Teniendo un papel tan importante en la vida y en los cuestionamientos del ser humano, la religión, de acuerdo a Trías, debe ser entendida siempre como fragmentaria. Según él, toda gran religión es siempre un fragmento de la Verdad que quedó destrozada con la muerte de Dios.

<Dios ha muerto>. Pero esa muerte no es un acontecimiento reciente de la Modernidad crepuscular sino el acto inaugural mismo de la condición humana; y de su ingreso en el espacio simbólico. Ha muerto el gran Dios, o el Gran Todo, y en virtud de esa defunción se ha instaurado, con el régimen de la muerte, la siempre abierta posibilidad de restaurar y resguardar algún fragmento de la Verdad hecha añicos. Y cada religión recaba su razón de ser en ese *collage* que se procura mediante la conjugación simbólica que intenta restituir el sentido<sup>36</sup>.

Trías piensa que la revelación opera en todas las grandes religiones y ello es lo que las convierte en fragmentos; pero fragmentos siempre necesarios dentro del hecho religioso. “Podría considerarse que cada *revelación* religiosa, la que tiene por marco una religión positiva particular (...), constituye un esbozo y un fragmento; una revelación parcial y abocetada del gran tapiz textual que constituye el hecho religioso”<sup>37</sup>.

Según Trías toda experiencia religiosa tiene tres principios o etapas que están presentes en dicha experiencia:

- Primer principio: hay preponderancia por la Diosa, que es madre devoradora y fecunda. Este primer principio abre el ámbito vital, con sus

---

<sup>36</sup> Idem, p. 123

<sup>37</sup> Eugenio Trías, *Pensar la religión*, Buenos Aires, Altamira, 2001, p. 18

muertes y resurrecciones periódicas, con los ciclos estacionales y con los ritmos de primavera e invierno. Aquí se encuentra la vida natural.

- Segundo principio: en este segundo principio Dios Padre como sujeto concede ley al cerco del aparecer. Es decir que en relación a ese primer orden físico y natural relacionado con la esterilidad y la fecundidad, con los ritmos de creación y destrucción, se trae al mundo una ordenación lógica y legal. Aquí se dan el orden, la justicia y la ley
- Tercer principio: en este principio pasa a primer plano el problema de la salud, del rescate, y de la salvación. Aquí se da la figura del enviado. Se da el énfasis a la senda que permite traspasar los límites del mundo. Aquí se encuentran la libertad, la salud y el rescate.

Trías afirma que los tres principios son necesarios, aún con su conflictividad radical, para que pueda constituirse la experiencia religiosa. Y hablando del tercer principio dice que:

...lo que ese tercer principio trae al mundo no es tanto vida natural (como el primer principio), ni orden y justicia, o ley (como el segundo), sino libertad, salud, rescate: un genuino retorno, una *epistrofé*, una "conversión" en virtud de la cual se vuelve del cerco del aparecer en dirección al cerco hermético<sup>38</sup>.

Como se ha venido diciendo, las religiones han intentado dar respuesta a la opresión que la muerte representa para todo ser humano. Pero la respuesta que dan las religiones va a ser diferente de acuerdo a los principios que rigen cada experiencia religiosa. Las religiones místicas, como el orfismo, el pitagorismo y el mismo Platón, creen encontrar su principio en el alma, que en virtud de la memoria y la reminiscencia, puede hallar la vía de salida y abrirse al espacio liberador de la contemplación o de las ideas. Es el alma la que encuentra lo que siempre es y nunca deviene.

Otras religiones, como el profetismo judaico, anuncia una vida nueva, resurgida y resucitada. Promete una vida perdurable para la comunidad de los justos que serán convocados al ágape final del último día.

Otra más, es la religión cristiana, que con Jesucristo asegurará una escatología realizada para quienes viven en la fe. Esta comunidad cree haberse transfigurado y haber ingresado en la comunidad de salvación: "Han adelantado el instante de la

---

<sup>38</sup> Idem, p. 65

muerte. O han muerto, como el grano bajo tierra, y han resucitado *en esta vida*. Son, pues, cuerpos gloriosos, vidas resucitadas. Sólo aguardan la ratificación *carneal* de un tránsito que en espíritu ya ha sido consumado”<sup>39</sup>.

Toda experiencia religiosa, vista desde un punto global, tiene una estructura dinámica y abierta. De acuerdo a Trías todas deben concurrir en tres principios que dan una verdadera estructura triádica subyacente y que es previa a toda especulación trinitaria: “Debe comparecer la primera *causa*, material, matricial, materna; la segunda, formal y eficiente, la que convierte la *vida* en un *cósmos* legal y justiciero; y la tercera, la que entrega un horizonte de *salud* como causa final a la experiencia religiosa”<sup>40</sup>.

Según Trías, en la primera época, lo sagrado se revela en forma salvaje, mientras que en la segunda se somete de modo bárbaro el cerco del aparecer a un dominio legal; y finalmente en la tercera la búsqueda de salida y salvación a la suprema esclavitud, se da retornando de nuevo al seno del cerco hermético.

La primera forma de religión, que es salvaje y silvestre, ofrece como principio al que se orienta, el ciclo de vida, muerte, vida y muerte, *eros y tánatos*; es decir que dicha religión ofrece vida; pero no logra proporcionar orden, ni justicia. La segunda forma de religión tampoco lo logra, es decir que ninguna de las dos primeras formas de religión logran vencer a la muerte y es por ello que la religión moderna:

...se plantea con todo rigor doblegar ese doble límite negativo del dolor y de la muerte, que ni la poesía ni la *tejné* consiguen superar.

Por eso la religión moderna quiere sacar a la muerte su agujón, y recuerda insistentemente los versículos relativos a la omnipresencia de la muerte, dentro de la vieja ley. En virtud de un mensaje de salud que dé salida y vehículo a los prisioneros del dolor y de la muerte podrá retarse e ésta: “Muerte, ¿Dónde está tu agujón? Muerte: ¿Dónde está tu victoria?”<sup>41</sup>.

Trías afirma que la religión actualmente se encuentra en conflicto entre dos aspectos característicos y fundamentales: por un lado, entre su parte esotérica, y su dimensión institucional; y por otro lado, entre sus compromisos con el mundo y su vertiente gnóstica y mística. Dichos conflictos no han encontrado la forma de resolverse y por ello siguen presentes en toda religión contemporánea, aun

<sup>39</sup> Idem, p. 71

<sup>40</sup> Idem, p. 72

<sup>41</sup> Idem, p. 70

cuando la religión moderna busca dar respuesta al dolor y a la opresión que la muerte ejerce sobre sus creyentes: “Dolor y muerte son vencidos en virtud del mensaje de salud: tal es el “fruto perfecto” que ofrece la religión en este tercer estadio correspondiente al mundo moderno religioso”<sup>42</sup>.

Trías afirma que lo específico de la religión es que provoca una confianza que es normalmente conocida en el mundo de la religión como fe. Fe en lo que los símbolos de la religión significan y representan:

...lo peculiar de la religión consiste en que provoca y suscita en el que participa del ceremonial religioso un acto de confianza en la naturaleza existencial (y por lo tanto real) de lo que esa trama simbólica constituye. Eso quiere decir que se ha de conceder crédito a lo que allí acontece de manera que se le atribuya carácter de realidad; o lo que es lo mismo, que puede tener relevancia indudable en la existencia<sup>43</sup>.

Es interesante constatar cómo el acto simbólico adquiere carácter de realidad para todas las personas que siguen una religión, no importando que tan racionales o no puedan ser en otros campos. Todo creyente católico acepta sin cuestionar el hecho de que un pequeñísimo pedazo de pan es el mismo Dios y que al comerlo entra en él colmándolo de gracias. Dicha creencia vista desde un ángulo no creyente puede ser inquietante, o en el mejor de los casos muy extraña. Pero a los ojos de la fe la trama simbólica que se desarrolla dentro de las prácticas religiosas forma parte de la realidad de las personas de una manera completamente natural.

Es mediante las expresiones simbólicas que la religión puede dar respuesta a eso que inquieta, asusta y oprime al ser humano. La religión se ocupa de darnos una promesa de vida y salud. La religión es la encargada de contrarrestar a la enfermedad y a la mayor fuerza opresora de todas, que es la muerte. La religión no sólo “expresa y manifiesta el gemido de la criatura oprimida”, sino que va más allá de esto, buscando proporcionar consuelo a nuestro ánimo turbado, y buscando igualmente darnos una promesa de vida que vaya más allá de la vida misma. La religión es la respuesta que el ser humano encuentra para responder a todo aquello a lo que no puede responder mediante la razón. La religión busca:

---

<sup>42</sup> Idem, p. 71

<sup>43</sup> Eugenio Trías, *Por qué necesitamos la religión*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, p. 63



...con el dolor, es el aguijón mismo de la muerte lo que se quiere doblegar. Se busca un principio superior a aquel de la vieja ley, cuyo límite era la esclavización al poder omnímodo de la muerte. Frente a la vieja aceptación pindárica de la mortalidad constitutiva de los humanos, revalidada por la tragedia (Sófocles), se busca traspasar ese límite en virtud de un principio capaz de permitir una vida que lo trascienda<sup>44</sup>.

La religión es, en suma, la búsqueda que hace el ser humano, mediante expresiones simbólicas, para doblegar el dolor y la muerte. Y lo hace mediante símbolos porque todo lo que rodea el mundo de lo sagrado y la religión, no puede ser asequible por ningún instrumental tecnológico, aún cuando afecte profundamente la vida humana, sino que debe alcanzarse mediante manifestaciones simbólicas.

Vivimos un predominio del mundo de la ciencia, de la tecnología, del saber racional aún cuando al mismo tiempo manifestamos un cansancio frente a ellos, por el hecho de que han dejado sin respuesta las cuestiones que dan sentido a la vida humana. El ser humano siempre se ha preguntado sobre el sentido de su vida, de su existencia, allí donde vive el desgarró, la injusticia, las guerras, la desigualdad, la violencia, el dolor y la muerte.

”Se busca la respuesta a la pregunta acerca del sentido del ser en general y antes la posibilidad de hacer en forma radical esta pregunta fundamental de toda ontología. Pero el dejar en franquía el horizonte dentro del cual resulta comprensible una cosa tal como el ser en general, viene a ser lo mismo que el aclarar la posibilidad de la comprensión que es ella misma inherente a la constitución del ente que llamamos “ser ahí”<sup>45</sup>.

Es el sinsentido el que dispara la inquietud y la pregunta por el sentido, dado que el ser humano necesita encontrar un sentido a su propia existencia. Sin dicho sentido el hombre se deprime, se suicida o simplemente muere, ya que el sentido es el que nos proporciona luz, orden, claridad, en suma, es el que nos da una razón de ser. El sentido es el que justifica y legitima la vida del ser humano.

---

<sup>44</sup> Eugenio Trías, *Pensar la religión*, Buenos Aires, Altamira, 2001, p.70

<sup>45</sup> Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, traducción de José Gaos, México, FCE, 2ª edición 1971, p.253

El sentido o la experiencia de sentido que requiere todo ser humano no pueden ser conocidos como a un objeto físico, ni mediante el análisis, ni a través de la tecnología. “El sentido se desvela en la relación. El medio relacionador es el símbolo. El símbolo es así un acontecimiento de sentido”<sup>46</sup>. Y tanto lo religioso como lo bello son relaciones y no objetos.

Los símbolos sirven al ser humano porque por un lado lo ayudan a expresar su impotencia frente a la muerte, pero por otro lado le ayudan a encontrar sentido a su vida en tanto que aparece dicha muerte.

El quehacer y la labor es introducir orden en el caos o desvelar esa última implicación solidaria de todo con todo. No negar la ruptura, la oscuridad, el vacío, la muerte, sino implicarlo y configurarlo: No se trata de dar explicaciones, sino de proporcionar relaciones que reconfiguren el mundo y la vida.<sup>47</sup>

Los símbolos, las manifestaciones simbólicas y el conocimiento simbólico se dan, ya sea en el arte, o en la religión, o en la filosofía. Y todo el pensamiento simbólico busca dar sentido a la vida, por lo tanto, una vida y un mundo humano con sentido son equivalentes a una vida y un mundo vividos simbólicamente.

Así pues, contra la muerte nada se puede, no hay manera de vencerla, de evitarla, ni postergarla, pero la religión, ayudada por el símbolo y las manifestaciones simbólicas, busca darle sentido a nuestras vidas en tanto la muerte hace su irremediable aparición. Y busca, también, darnos una promesa de vida y salud. Dicha vida es entendida por las distintas religiones de muy diversas maneras; algunas ofrecen esa promesa de vida en una posible re-encarnación; otras, en una vida más allá de las fronteras de este mundo, en una vida eterna que empieza justo cuando la muerte nos vence y cuando termina nuestra vida aquí en la tierra; otras más ofrecen una promesa de salud o de buena muerte, pero todas y cada una de las religiones están llenas de expresiones y manifestaciones simbólicas que son las que posibilitan dichas promesas, y son las que facilitan, también, la búsqueda de sentido que todo ser humano necesita para su vida.

---

<sup>46</sup> José María Mardones, “La racionalidad simbólica”, en *Sym-bolon*, Blanca Solares y María del Carmen Valverde Valdés, eds, México, UNAM, 2005, p.44

<sup>47</sup> Idem, p. 50